

miento más preciso de las cosas del mundo exterior con todos sus pormenores y relaciones. Así vemos que las facultades del conocimiento, lo mismo que sus órganos, cerebro, sentidos y nervios, se perfeccionan á medida que nos elevamos en la escala de los seres, y al mismo tiempo que el sistema cerebral se desarrolla más, la conciencia del mundo exterior se hace más clara, más múltiple y perfecta.

La comprensión del mundo exterior exige entonces mayor atención, y en lo alto de la escala esa necesidad de la atención llega á ser tan grande, que á veces obliga á perder de vista momentáneamente las relaciones de la inteligencia con la voluntad, para que la comprensión pueda ser más pura y más exacta. En el hombre es donde se presenta positivamente ese caso de separación marcada entre el conocimiento y la voluntad. Este es un punto importante que no toco aquí mas que para indicar su lugar y volver sobre él en lo sucesivo.

Este último progreso en el desenvolvimiento del cerebro y en el perfeccionamiento de las facultades de conocimiento, lo efectua la Naturaleza, como todos los anteriores, en virtud de la multiplicidad creciente de las necesidades, ó sea en provecho de la voluntad. Lo que ésta persigue y alcanza en el hombre es en el fondo la misma cosa, ni más ni menos, que se propone en el animal, á saber: la nutrición y la propagación. Mas los medios para llegar á estos resultados se han multiplicado, aumentado y especializado de tal suerte por virtud de la organización del hombre, que ha sido indispensable reforzar la inteligencia en grado infinitamente mas considerable que todos los inferiores ó por lo menos ha sido este el camino más fácil para llegar al fin. Y como la inteligencia, es por su in-

dole propia, un instrumento de empleo múltiple, susceptible de ser aplicado á los usos más diferentes, la Naturaleza, fiel á su ley de parsimonia, ha podido hacer frente con la inteligencia sola á todas las exigencias de esta infinita variedad de necesidades; por eso ha dejado al hombre desnudo, privado de armas naturales para el ataque ó la defensa, dotado de fuerza muscular relativamente escasa, sujeto á la caducidad, provisto de una resistencia mínima á las privaciones y á las influencias adversas, ha encomendado completamente el remedio á ese único y precioso instrumento, al cual sólo ha tenido que añadir la mano, tomada del grado inmediatamente inferior: del mono. Mas esa inteligencia, que con tal superioridad se nos muestra, no se limita á reforzar la percepción de los motivos, á aumentar su variedad, y, en general, á ampliar indefinidamente el horizonte de los deseos; aumenta todavía en sumo grado la claridad con la cual la voluntad adquiere el conocimiento de sí misma, y esto lo logra con la luz que se difunde por toda la conciencia, la cual, sostenida por la facultad del conocimiento abstracto, llega hasta la reflexión perfecta.

De ahí, así como también de la vehemencia que implica para la voluntad la necesidad de sostener una inteligencia tan potente, resulta un aumento de todos los afectos y la posibilidad de las pasiones, que en realidad no conoce el animal. La violencia de la voluntad camina al par del desenvolvimiento de la inteligencia, por cuanto ésta tiene su origen en las exigencias crecientes y en las reclamaciones cada vez más apremiantes de la voluntad; además, el querer y el intelecto se prestan mutuo apoyo. En efecto; la vivacidad del carácter se halla ligada á la mayor energía de

los latidos del corazón y de la circulación, los cuales refuerzan físicamente la actividad cerebral.

Por otra parte, la claridad de la inteligencia, al permitir una comprensión más viva de las circunstancias exteriores, sobreexcita los afectos producidos por estas circunstancias. Así, por ejemplo, las terneras se dejan tranquilamente amontonar y trasladar á una carreta; los cachorros del león, por el contrario, cuando se les separa de su madre, no cesan de agitarse y de rugir; los niños, en análogas circunstancias, se desesperarían y gritarían hasta morir. La vivacidad y las rabietas del mono están en estrecha relación con su inteligencia, ya muy desarrollada. En razón á esta relación recíproca, el hombre se halla sometido á mayores dolores que el animal, si bien es capaz de experimentar más goce en las emociones del placer y satisfacción. Su inteligencia le hace también el aburrimiento más sensible, al mismo tiempo, que es para el individuo, en el cual ha alcanzado un alto grado de perfeccionamiento, una fuente inagotable de ocupaciones agradables. En suma, el fenómeno de la voluntad en el hombre se relaciona con el fenómeno de la voluntad en los animales superiores como una nota musical con su quinta, tomada dos ó tres octavas más abajo. Las diferencias de inteligencia, y, por tanto, de conocimiento, son igualmente muy grandes y graduadas hasta lo infinito en las diferentes especies animales. La conciencia que debemos reconocer á la planta, pero que sólo denominamos así por analogía, es, en relación con la existencia subjetiva, mucho más vaga aún de un cuerpo inorgánico, aproximadamente lo que la conciencia de un animal inferior es en relación con esa cuasi conciencia del vegetal. Se puede representar de una manera sensible estas gradaciones infinitas de la

facultad de conocimiento, comparándolas á las velocidades diferentes de que están animados los puntos desigualmente distantes del centro en un disco en rotación. Pero la imagen más exacta y hasta la imagen natural de estos grados, según digo en el libro III, es la *gamma* ó escala musical en toda su extensión, desde el sonido más grave, perceptible por el oído, hasta el más alto. El grado de conciencia es lo que determina la naturaleza de la existencia de un ser, pues la existencia inmediata es la existencia subjetiva. La existencia objetiva subsiste sólo en la conciencia de los demás, y se da allí para ellos; es, pues, una existencia mediata. Y así como los seres se diferencian tanto, según el grado de conciencia que poseen, son idénticos en la voluntad, en el sentido de que la voluntad es común á todos.

La diferencia que hemos hallado entre la planta y el animal, y después entre las diferentes especies animales, la hallamos también entre unos y otros hombres. También aquí el elemento secundario, la inteligencia, establece por virtud de la claridad que da á la conciencia y de la precisión del conocimiento una diferencia fundamental en la naturaleza de la existencia y en su grado. Cuanto más elevado es el grado de conciencia, más exactos y encadenados son los pensamientos, más claras las percepciones y más enérgicos los sentimientos. Todo gana en profundidad, en ternura, melancolía, júbilo y dolor. Los espíritus superficiales y vulgares ni siquiera son capaces de experimentar verdadero gozo: vegetan en una especie de letargo. Habrá quien no halle en su conciencia más que una concepción mezquina del mundo exterior, con el sentimiento único de su propio ser y de los motivos cuya aprehensión le es necesaria para la conservación

y recreo de su existencia; para otros la conciencia es una cámara oscura en la cual se dibuja el macrocosmos.

Siente que lleva en sí un pequeño mundo
que se halla anidado en su cerebro,
mundo que comienza á agitarse y á vivir
y al que desearía reproducir en lo exterior.

La diferencia que los grados extremos y opuestos de las facultades intelectuales establecen entre hombre y hombre, en toda su manera de ser es tan grande, que la diferencia entre un rey y un mozo de cordel parece insignificante en comparación.

Y aquí también, como en las especies animales, hay conexión visible entre la vehemencia de la voluntad y el grado de la inteligencia. El genio se determina por un temperamento apasionado; no puede concebirse un genio flemático; parece como que la naturaleza al encontrar una voluntad desmesuradamente grande, dotada de apetitos violentos, la une, como complemento conveniente, una inteligencia anormalmente desarrollada. Físicamente se explica esto por la mayor energía con que las arterias de la cabeza hacen vibrar el encéfalo aumentando su plasticidad. El volumen, la calidad y la forma del cerebro son una segunda condición, incomparablemente más rara que la anterior.

Por lo demás, los flemáticos poseen, por lo general, facultades intelectuales muy medianas; los pueblos del Norte, que considerados en conjunto son de temperamento frío y flemático, son visiblemente inferiores en ingenio á las poblaciones meridionales vivas y apasionadas. Sin embargo, Bacon (*De augment. Scient.* l. VI, cap. 3) hizo la observación muy exacta, de que cuando un hombre del Norte está bien

dotado por la naturaleza, podrá elevarse á alturas á que jamás llegaría un meridional. Por eso es absurdo tomar, como de ordinario se hace, por escala de comparación entre las naciones desde el punto de vista intelectual, los grandes ingenios que han producido; esto equivale á fundar la regla sobre las excepciones. Lo que hay que considerar es la gran mayoría de cada nación, pues una golondrina no hace verano.

Conviene observar aquí que esa naturaleza apasionada, que es una condición del genio, unida á su viva concepción de las cosas, provoca en la vida práctica cuando la voluntad se halla en juego, y sobre todo en los acontecimientos que se presentan bruscamente, una tal sobreexcitación de las emociones, que la inteligencia se turba y extravía, mientras que el flemático conserva, en esas mismas circunstancias, el pleno uso de sus facultades, aunque éstas sean menores, y puede conseguir entonces resultados superiores á los que alcanzarían los más grandes genios. Se ve, pues, que si el temperamento apasionado favorece la calidad primitiva de la inteligencia, el temperamento frío favorece su empleo. He aquí por qué el verdadero genio no es capaz más que de producciones teóricas, para las cuales puede elegir el momento propicio. Este momento será aquel en que la voluntad se encuentre completamente serena y en que ninguna nube venga á alterar el límpido espejo de las concepciones. En la vida práctica el genio hace á los hombres desmañados, inútiles y con frecuencia infelices. Este es el cuadro que Goethe pintó en el Tasso. Si el genio, propiamente dicho, descansa sobre la fuerza *absoluta* de la inteligencia, á costa de una vehemencia desmesurada también del temperamento, en cambio la superioridad en la vida práctica, que hace los grandes capitanes y

los grandes estadistas, descansa sobre la fuerza *relativa* de la inteligencia, es decir, sobre la mayor dosis de inteligencia que puede ir unida á la menor violencia de las emociones y al menor ímpetu del carácter; éstas son las naturalezas hechas para desafiar las tempestades. Firmeza de la voluntad, tranquilidad imperturbable del temperamento, y con esto un entendimiento sólido y agudo; he aquí lo que se necesita para aquel efecto. Todo lo que exceda de esta medida perjudica, pues un desenvolvimiento demasiado grande de la inteligencia es un obstáculo para la firmeza del carácter y la energía de la voluntad. Este género de superioridad es menos extraordinario cien veces menos raro que el otro, y así vemos aparecer en todos tiempos grandes guerreros y grandes políticos, tan luego como hay circunstancias que favorecen su actividad. Por el contrario, hay que esperar siglos á que nazca un gran poeta ó un gran filósofo, pero la humanidad debe satisfacerse con estas raras apariciones, pues nos quedan las obras de estos genios, que no están hechas sólo para el presente como las de los otros.

Es también muy conforme con la ley de parsimonia de la naturaleza el que ésta no otorgue la superioridad intelectual en general mas que á muy pocos individuos y que haya hecho del genio la más rara de las anomalías, reservando á la gran multitud humana la dosis de inteligencia estrictamente necesaria para la conservación del individuo y de la especie. Las grandes y numerosas necesidades de la humanidad, que van multiplicándose á medida que se satisfacen, exigen como cosa indispensable que la inmensa mayoría de los hombres pase su vida ocupada en trabajos manuales groseros y puramente mecánicos; ¿de qué les serviría un ingenio vivo, una fantasía ardien-

te, una inteligencia sutil y una perspicacia penetrante? Todo esto serviría sólo para hacerlos desgraciados é incapaces para sus trabajos. Por eso la Naturaleza procede con la mayor avaricia en la distribución del más precioso de sus dones.

Hay que mirar las cosas desde este punto de vista para no ser injusto cuando se quiere determinar lo que puede esperarse de los hombres en general en materia de producciones intelectuales. Por ejemplo: los sabios, que sólo por razones exteriores han sido inducidos á hacerse sabios, deberían ser juzgados como hombres que la naturaleza había destinado en realidad á ser agricultores; los mismos profesores de filosofía deberían ser apreciados con este criterio, y se vería entonces que sus obras responden perfectamente á lo que podía esperarse de ellas en términos de equidad.

No carece de interés la observación de que en las comarcas meridionales, donde las necesidades de la vida pesan menos gravemente sobre los habitantes y les dejan mayores ocios, las facultades intelectuales adquieren, hasta en el pueblo bajo, mayor vivacidad y finura. Fisiológicamente, es notable que el exceso de peso del encéfalo sobre la medula espinal y sobre los nervios, que, según el importante descubrimiento de Sämmering, da la verdadera medida del grado de inteligencia, tanto en las especies animales como en el hombre, aumente también la movilidad inmediata, la agilidad de los miembros, porque aquella relación tan desigual coloca á los nervios motores en una dependencia mayor del cerebro, á lo cual es verosímil que se una la circunstancia de que el cerebelo, director inmediato de los movimientos, participa de la perfección cualitativa del cerebro; los dos juntos dan en-

tonces á los movimientos voluntarios mayor facilidad, más rapidez y más flexibilidad, y esta concentración de la fuente de toda actividad produce el resultado que Lichtenberg alababa en estos términos, refiriéndose á Garrick: «parece estar presente en cada músculo de su cuerpo». Así, la torpeza en el andar indica lentitud en la marcha de los pensamientos y se la mira con razón, al igual que la flacidez de las facciones y la expresión adormecida de la mirada, como señal de falta de inteligencia, lo mismo en un individuo particular que en un tipo nacional. Otro síntoma de las condiciones fisiológicas antes expuestas es un hecho que se observa en muchos individuos, á saber: que cuando hablan mientras van andando se ven obligados á pararse, si la conversación con su interlocutor se hace más sostenida; esto obedece á que su cerebro, luego que tiene que encadenar algunos pensamientos, carece de la fuerza requerida para atender al movimiento de las piernas por conducto de los nervios motores, de tal modo la dosis de inteligencia que les ha correspondido ha sido medida parcamente.

De toda esta consideración objetiva sobre la inteligencia y sobre su origen, resulta que aquélla se halla destinada á suministrarnos los datos indispensables para la vida individual y la propagación, pero no á presentarnos lo que es independiente del sujeto conocedor, es decir, la esencia misma de las cosas y del mundo. Lo mismo que es para la planta su sensibilidad á la luz, por virtud de la cual el tallo, según va creciendo, se dirige hacia los rayos luminosos, es el conocimiento para el animal y el hombre en cuanto á la especie, pero en cuanto al grado se desarrolla según las necesidades de uno ú otro. En todos los seres animados el oficio de la percepción consiste en mostrar-

les las relaciones que existen entre ellos y las demás cosas, y no en representar en la conciencia del sujeto que conoce la esencia propia, la esencia absolutamente real de las cosas. La inteligencia, nacida de la voluntad está llamada únicamente á servir á ésta; se halla organizada para ese sólo fin, y su tendencia es, pues, exclusivamente práctica. Esto continúa siendo verdadero cuando pasamos de la significación metafísica á la significación moral de la vida; también en este sentido vemos que la inteligencia ha sido dada al hombre para que dirija su conducta. Una facultad de este género, exclusivamente apropiada para resultados prácticos, no podrá nunca, por su misma naturaleza, comprender más que las relaciones mutuas de las cosas y no lo que éstas son en sí. El gran error original ha sido tomar el conjunto de estas relaciones por la esencia absoluta del mundo tal como es en sí; creer que los diferentes modos de ser percibidas esas relaciones por el cerebro, según sus propias leyes *a priori*, eran las leyes eternas de la existencia de toda cosa, y construir sobre todo estos sistemas ontológicos, cosmológicos y teológicos; este fué el error fundamental, al cual vino á poner término la doctrina de Kant. Por consiguiente, en este punto, mi estudio *objetivo* y en gran parte fisiológico de la inteligencia, viene á coincidir con el estudio *trascendental* de Kant, y hasta puedo decir que en cierto sentido mi estudio se presenta como un atisbo *a priori* de las consideraciones de este filósofo, puesto que tomando un punto de partido situado fuera del terreno en en que aquél se colocó y por medio de consideraciones genésicas, demuestro como necesario lo que él prueba también por medio de hechos, de hechos sacados de la conciencia. En efecto; resulta de mis consideraciones objetivas so-

bre la inteligencia que el mundo como representación, tal como existe en el tiempo y en el espacio, y tal como muda siguiendo las leyes rigurosas de la causalidad es, ante todo, un fenómeno fisiológico, una función del cerebro que éste desempeña á impulso de ciertas excitaciones venidas de fuera, pero con arreglo á sus propias leyes.

Se concibe, pues, de antemano, que lo que se produce en esta función misma, es decir, por ella y para ella, no puede ser considerado como la esencia de las cosas en sí, que existe independiente y separada de esa función, sino que representa únicamente la manera de funcionar, que se halla sometida tan sólo á una modificación muy subordinada por parte de lo que existe fuera del cerebro; esta modificación es la excitación que pone en actividad á las funciones.

De conformidad con esto, Locke negaba á las cosas en sí todo lo que la sensación suministra á la percepción, y lo atribuía á los sentidos; Kant, persiguiendo el mismo fin por el mismo camino, fué más lejos y demostró que todo lo que la percepción intuitiva, propiamente dicha, hace posible, á saber, el tiempo, el espacio y la causalidad, no es más que una función cerebral, pero se abstuvo de emplear este término de fisiología, que nos es impuesto por la índole de las presentes consideraciones relativas al lado real opuesto al lado trascendental del asunto. Por la vía analítica llegó Kant á este resultado: que no conocemos más que los fenómenos. Mis consideraciones objetivas sobre la inteligencia y su formación, muestran claramente lo que significa esta expresión enigmática: los *fenómenos* son los motivos para uso de la voluntad individual, tales como se representan en la inteligencia (que aparece objetivamente bajo la forma de cerebro) creada para

este efecto por la voluntad: estos motivos, percibidos hasta todo lo lejos que nos es posible seguir su encañamiento, forman con la totalidad de sus relaciones ese mundo objetivamente existente en el tiempo y en el espacio, que llamo yo el mundo como representación. En el punto de vista en que se colocó Kant, hay un extremo disonante relativo á la inteligencia, que mi teoría hace desaparecer. Kant establece que la inteligencia no conoce las cosas en sí, sino tan sólo meros fenómenos, lo cual le lleva á tropezar paralogismos é hipóstasis sin fundamento alguno, resultado, dice, «de sofismas ó mixtificaciones procedentes no de los hombres, sino de la razón misma y contra los cuales no puede precaverse el más sabio: pues aun en el caso de que, á costa de gran esfuerzo, consiga evitar el error, no puede librarse jamás de la apariencia, que constantemente le acosa y le engaña».

Estas palabras ¿no permiten suponer que la inteligencia está destinada intencionalmente á inducirnos á error? Pero las observaciones objetivas que he expuesto acerca de la inteligencia y su génesis muestran que, destinada exclusivamente á resultados prácticos, no es aquélla más que el *medium* de los motivos; que su misión está cumplida con presentarnos exactamente esos motivos, y que si con el conjunto de los fenómenos que se nos aparecen así objetivamente y con sus leyes, tratamos de reconstruir el ser en sí de las cosas, lo hacemos por nuestra cuenta y riesgo y bajo nuestra exclusiva responsabilidad.

Sabemos, en efecto, que esa fuerza íntima de la naturaleza, originariamente inconsciente y rodeada de tinieblas, que después de haberse elevado hasta la conciencia individual, se descubre á ésta como volun-